

ble (más de lo que ya es de por sí), pero repito que sigo creyendo en el talento de este autor y que todavía veremos muchas obras verdaderamente importantes y divertidas o no, pero dignas de llevar el nombre de Emilio Carballido.

12 de julio de 1970

#### BURLARSE DEL PÚBLICO

Hace doce años decidí casarme, pero me di cuenta con gran sorpresa que para hacerlo no bastaba tener la novia y su consentimiento, sino que hacía falta más dinero del que yo había visto reunido en sueños. Como mi decisión era firme, la novia estaba pedida y dada con un suspiro de alivio por parte de mis suegros, la iglesia alquilada, las madrinas confeccionándose sus cursis vestidos de gasa, y un departamento con contrato firmado, ya no era cosa de tomar el autobús y largarse a Acaponeta, Nayarit, por ejemplo, o siquiera a Cuernavaca, de manera que no me quedaba otro recurso que conseguir ese dinero que me hacía falta para pagar una cama y tres sillas que las mueblerías se negaban rotundamente a fiarme. Un amigo me dijo: ¿Por qué no escribes para cine? ¡Magnífico!, respondí, y me lancé a escribir un argumento que me parecía muy hermoso. Cuando lo terminé me dirigí lleno de alborozo a los Estudios Churubusco a ver a un productor al cual había sido recomendado por ese mismo amigo que me dio la idea. Después de tres horas de antesala me recibió el señor productor fumando un apestoso puro. “Ya me dijeron que escribe usted muy bien, joven. El cine mexicano necesita sangre nueva. Bienvenido sea usted a esta gran familia chocolatera y cinematográfica.” Lleno de optimismo por aquel exordio tan amable, le tendí mi manuscrito. El obeso señor comenzó a leerlo y en la página dos su cabeza cayó pesadamente sobre el escritorio. Creí que había sufrido un infarto, y ya iba a pedir auxilio cuando me percaté que sólo estaba dormido como piedra. Esperé otras tres horas a que despertara y cuando lo hizo se me

quedó mirando y dijo sentenciosamente: “¡Este asunto es inmejorable! Desgraciadamente, es muy caro. Sin embargo, me gusta su manera de desarrollar un argumento, y quiero que me escriba otro”. Yo contesté que lo haría con mucho gusto, pero el productor se adelantó a cualquier esperanza diciéndome: “Escríbame *Don Juan Tenorio en charros*”. Dicho lo cual volvió a quedarse dormido sobre el escritorio. Salí de su despacho masticando mi furia. ¡*Don Juan Tenorio en charros!* Jamás escribiría yo algo semejante! ¡No faltaría más! Llegué a mi casa y me esperaba ya el cobrador de la mueblería, el dueño del departamento alquilado, el modista que hacía el traje de novia, el recibo por el alquiler de mi *jaquet* y una tía mía que iba a pedirme diez pesos prestados.

Me deshice como pude de todos ellos, y me senté a escribir... ¡*Don Juan Tenorio en charros!* Lo terminé en una tarde, le puse por título *Tan bueno el giro como el colorado* (ya una vez dentro de la ignominia, el título no podía ser menos) y se lo llevé al señor productor. Leyólo, fascinólo y tendióme un recibo por... ¡18 000 pesos! Creí que me iba a caer de la silla al ver la cifra, y no atinaba a sacar la pluma mientras pensaba si debía besarle los pies a mi mecenas o si bastaría con un simple pero apretado abrazo con lágrimas de agradecimiento. La voz del señor productor resonó en el despacho: “Por razones sindicales me firmará usted un recibo por el mínimo que marca la ley para el pago de argumentos, pero yo nada más le daré tres mil pesos. ¿Los toma o los deja?” Balbuciente supliqué, lloré, me arrastré hasta sus pies, le conté mi apuro económico, mi luna de miel en perspectiva, los muebles lanzados a la calle, pero nada conmovió su corazón de productor cinematográfico. Firmé por 18 000 pesos, y salí con 2 643.20, impuestos deducidos. *Tan bueno el giro como el colorado* se filmó inmediatamente y permaneció doce semanas en el Cine Orfeón. Lo sé de cierto porque cada noche después de la última función mi recién casada esposa y yo pedíamos limosna con gafas negras para aparecer como ciegos.

Esta pequeña anécdota autobiográfica me la ha hecho recordar el estreno de una comedia intitulada *Fulano y Mengano* original (?) de nuestro Alfonso Pasito, sólo que Anaya, porque es... ¡*Don Juan Tenorio en charros!* No sé si don José Zorrilla

y yo deberíamos demandar a este autor, o si lo dejamos con un remordimiento vitalicio como el mío, no porque el Tenorio sea muy respetable, sino por la horrible forma de “adaptarlo”. Tal parece que la pobre de Rosa de Castilla está condenada por siempre a interpretar a Doña Inés de rebozo y trenzas, porque en mi gloriosa “adaptación” cinematográfica de hace años también la interpretaba, pero tengo a mi favor que en aquella época aún se veía muy bien en paños menores, cosa que no se puede decir ahora. Pero no tengo nada en contra de la comedia de don Alfonso el mexicano (¿por qué iba a tenerlo si yo hice lo mismo por hambre?), y sólo puedo decir que es bastante mala (como la mía) por el uso de chistes de almanaque tan queridos de este autor, ni tampoco tengo nada en contra de la señora Rosa de Castilla, como no sea su peinado, y su ligereza de trapos que la hacen ver antiestética (¡Dios mío!, ¡hablar de estética en esta obra!). De quien sí tengo mucho en contra, tanto que la ira me impide encontrar palabras que no sean ofensivas, es de un señor cantante que se llama Marco Antonio Muñiz, por la demostración más gigantesca de falta de profesionalismo que se haya visto jamás en un escenario y superar así, lo que es ya increíble, al tristemente célebre Loco Valdés, quien después de todo se anuncia como demente y se comporta como tal para justificar su apodo. El señor cancionero Muñiz pasa por una persona seria, dedicada a su profesión y que con su estilo lograba hacer suspirar a una que otra niña cursi. En la noche del estreno de esta charreada teatral, el cancionero en cuestión salió a burlarse impunemente del público, sin saberse una palabra del libreto, a moverse por el escenario como si estuviese ebrio, a balbucear frases incoherentes, a hacerse el gracioso en un desesperado afán por salvar su actuación (¡) y el espectáculo, y decidido a echar a perder el profesionalismo de Carlos Lico, quien si no es tampoco actor, al menos trataba de comportarse como tal, y de Víctor Alcocer, un excelente actor cómico que no pudo lucir por estar preocupado solamente en su labor de apuntador de Muñiz, quien aún tenía la desvergüenza de decirle en voz muy alta que no le apuntara porque se sabía muy bien el texto. Estas burlas no las perdona el público, porque no estamos ya en los tiempos de la carpa, de la improvisación, del “ay se va”, del “al fin que yo canto muy bo-

nito y me echo al público a la bolsa". No, señor Muñiz, porque si el público va a escucharlo cantar a un centro nocturno exige que cante, y si va a verlo a un teatro, en una comedia, exige que actúe usted, no que haga escarnio de los espectadores y de sus compañeros en el escenario.

Era triste ver a Carlos Lico tratar de un modo profesional y serio que el espectáculo no se fuera al foso, pero nadie podía hacer nada y el segundo *Don Juan Tenorio en charros*, fue un fracaso de quince días, como se lo merecía por el señor Muñiz.

26 de julio de 1970

#### EL CALAMAR

Marcela del Río, siempre inquieta, siempre en búsqueda, siempre talentosa, escribió una obra teatral sobre el presidente de Estados Unidos de América, John F. Kennedy, asesinado el 22 de noviembre de 1963 en Dallas, Texas, y convirtiéndose así en una figura casi mitológica que alcanza ya las proporciones de un semidiós. Nadie puede negar sus grandes dotes de estadista, y sobre todo, la enorme simpatía que proyectaba su figura, la cual ha prevalecido en el recuerdo más que su labor política, y su trágico fin aumentó más aún esa simpatía compasiva. Nosotros en México tuvimos hace cien años un caso semejante en la persona de Maximiliano de Habsburgo: hombre bien parecido, aureolado por un nimbo de nobleza, de ojos claros, de capa de armiño, que fue fusilado como una consecuencia inevitable de una política bien llevada. Sin embargo, su figura hermosa prevaleció en el recuerdo del aspirante a noble y todavía hoy se le guarda una compasión llena de ternura. Maximiliano y Kennedy pueden equipararse porque ambos fueron hombres de buena fe y los dos se equivocaron en su política. El primero al pensar y creer que un país recientemente independizado iba a aceptarlo como emperador, y el segundo por pretender remover los cimientos de una sólida estructura económica que no iba a permitir que nadie la cambiase. A